

Diego González



HISTORIONES
DE LA
GEOGRAFÍA

 **geoPlaneta**

Diego González

HISTORIONES
DE LA
GEOGRAFÍA

HISTORIONES DE LA GEOGRAFÍA

1.ª edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

geoplaneta@planeta.es - www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2025

© Textos: Diego González, 2025

© Imágenes del interior: p. 22: Treehill, CC BY 4.0; p. 36: Google; p. 50: Uwe Dederig, CC BY 4.0; p. 62: Tomobe03, CC BY-SA 3.0; p. 71: Jfblanc, CC-BY-SA-2.0 FR; p. 77: TUBS, CC BY-SA 3.0; p. 85: Ryan Lackey, CC-BY-SA-2.0; p. 91: knik/Shutterstock; p. 104: youli zhao/Shutterstock; p. 110: Philip Lange/Shutterstock; p. 115: Usa-Pyon/Shutterstock; p. 117: Pierre Markuse, CC-BY-SA-2.0; p. 124: iwciagr/Shutterstock; p. 130: Wirestock Creators/Shutterstock; p. 138: Camillo Cinelli/Shutterstock; p. 145: Piotrus, CC BY-SA 3.0; p. 151: GTW/Shutterstock; p. 158: maloff/Shutterstock; p. 165: Martin Payne/Shutterstock; p. 177: John Carnemolla/Shutterstock; p. 182: UnknownLatitude Images/Shutterstock; p. 194: Plesmond, CC BY-SA 3.0; p. 200: Michal Durinik/Shutterstock; p. 207: SerFF79/Shutterstock; p. 214: Gary Le Feuvre/Shutterstock; p. 220: Julia Kuznetsova/Shutterstock; p. 227: Alan Bilsborough/Shutterstock; p. 234: Natalia Davidovich/Shutterstock; p. 241: travellight/Shutterstock

Imágenes de las portadillas de capítulo: The Studio/Shutterstock

Diseño e ilustración de cubierta: Sophie Guët

Diseño y maquetación de interior: Planeta

Realización: Planeta

ISBN: 978-84-08-29939-4

Depósito legal: B. 21.511-2024

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con

CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



SUMARIO

<i>Qué puedes esperar de este libro</i>	9
---	---

CAPÍTULO 1: VIVIENDO EN EL LÍMITE (INTERNACIONAL)

El pueblo de las mil fronteras	12
La casa española que invadió Portugal al ampliar la cocina	14
La frontera más inútil del mundo	16
Un pueblo en pie de guerra contra las señales de tráfico	18
Todos los Chipres de Chipre	20
El hotel donde duermes con la cabeza en un país y los pies en otro	23
Dos continentes separados por un trozo de cuerda	24
El huevo frito fronterizo del desierto	26
El enclave serbio en Serbia y otros juegos de palabras	29
El Gibraltar portugués	31
El carril bici belga que parte Alemania en pedazos	32
Una frontera trazada por una enfermedad	35
Una frontera europea a un continente de distancia	37
La isla a la que le creció un apéndice de otro país	39
La frontera más retorcida de la Tierra	41
La isla que cambia de país cada seis meses	44
El trozo de Estados Unidos al que solo se puede acceder desde Canadá	46
El valle de los enclaves	48
El pueblo de las gasolineras	50
El pandemonio de las Nuevas Hébridas	52
El tratado fronterizo en vigor más antiguo de Europa	54
Cuando al otro lado de la verja son mucho más ricos	56
La biblioteca en la que se entra por un país y se sale por otro	58
La costa más corta (e inútil) del mundo	61
Las cuatro esquinas del mapa	63

CAPÍTULO 2: TERRITORIOS IMPROBABLES

Pero ¿cuántos países hay en el mundo?	66
El país que no es un país, pero forma parte de la ONU	68
La tierra que nadie quiere	70
La última república soviética	72
El último rincón del Medioevo en Europa	74
Una provincia ganada al mar	76

La tarta más grande del mundo	79
Flechas contra helicópteros	81
El reino más pequeño del mundo	82
El próximo miembro de las Naciones Unidas	86
La isla del día siguiente y la isla del día anterior	88
La isla que confunde a las brújulas	90
Las Maldivas, el archipiélago sin perros	92
La capital menos poblada del mundo: cero habitantes	94
El pueblo bajo tierra	96
Cuando Israel era un país de Oceanía	98
La isla cuya capital fue engullida por un volcán	100
El pueblo donde todo el mundo vive en el mismo edificio	102
El pueblo petrolífero construido íntegramente sobre el mar	105
El país más importante del mundo, pero que (casi) nadie reconoce ...	107
La isla que creó una frontera	109
El paraíso tropical donde todo el mundo tiene el mismo apellido ...	111
Por qué Las Vegas no está en Las Vegas	114
La isla artificial creada por un meteorito	116
La nación inventada que es una utopía libertaria	118

CAPÍTULO 3: «NO ES EL QUINTO PINO, PERO PUEDES VERLO DESDE AQUÍ»

La ciudad donde hay que llevar un rifle siempre que se sale de casa	122
La piedra donde termina Europa	124
El árbol más solitario de la Tierra	127
El cajero automático de la Antártida	128
Ponerle puertas al campo	131
El imperio más pequeño del mundo	133
La isla de la endogamia	135
La más absoluta de las nadas	139
La carretera más larga que no lleva a ninguna parte	141
La isla que deja de serlo dos veces al año	144
El pueblo al final de la Tierra	146
Las montañas más altas jamás escaladas	148
Una isla congelada en el tiempo	150
La carretera de los huesos	152
El condado maldito en el que nadie puede entrar	154
Los humanos más aislados de la Tierra	156
Aquí sí hay quien viva	159
La última posesión española en Oceanía	161
El archipiélago en el confín de la Tierra	163
La isla de los esclavos olvidados	166

CAPÍTULO 4: «¿QUÉ HORAS SON, MI CORAZÓN?»

Los días que no existieron (1)	170
Los días que no existieron (2)	171
El 30 de febrero	173
El pueblo de las tres Nocheviejas	175
El día en que se inventaron las horas	177
Los vuelos que viajan al año pasado	179
El pueblo que se inventó su propia hora	181
Las islas en las que acaba el día	184
La hora especial y la hora espacial	185

CAPÍTULO 5: EL NOMBRE DE LA COSA

Pueblos que deberían pensar seriamente en cambiar de nombre	190
El mundo entero cabe en Ohio	192
Vieja Zelanda y Vieja York	194
San José está en todas partes	197
Nombres que no se acaban nunca	198
La toponimia no es lo que era	201

**CAPÍTULO 6: «QUE TRATA DE LO QUE VERÁ
EL QUE LO LEYERE»**

Ciudades en dos continentes	206
Los cinco continentes, o los seis, o los siete	208
El país de los infinitos lagos	210
Las islas que desaparecen cada día	212
El rey más rey de todos los reyes	215
La calle más larga del mundo no lo es tanto	217
El metro más corto del mundo	219
Cuando los de fuera son más que los de casa	221
La minúscula isla del Pacífico que tuvo el dominio más potente de internet	223
La ciudad que desapareció de los mapas	225
El país que vive de su dominio de internet	228
Robinson Crusoe era un bocachancla	230
El desierto más joven del mundo	232
El país más alargado de África	235
Macedonia de Arriba	237
Los váteres más bellos del mundo	240

<i>Bibliografía</i>	243
<i>Agradecimientos</i>	245
<i>El autor</i>	247

1

VIVIENDO EN EL LÍMITE (INTERNACIONAL)



EL PUEBLO DE LAS MIL FRONTERAS

Cuando uno estudia geografía de pequeño, los países son concretos, sólidos, están perfectamente ubicados en el espacio. Y muy a menudo es así, pero, si se hace *zoom* en el mapa, empiezan a aparecer cosas raras: territorios que no pertenecen al país que los rodea, islas que están situadas a océanos de distancia del resto de la nación de la que forman parte. Y luego está Baarle. Bueno, los Baarles, porque hay dos. Baarle no solo desafía las leyes de la geografía y la política, sino también las de la física. Se podría describir como un pueblo de siete mil habitantes en la frontera de Bélgica y los Países Bajos, pero es algo más complicado, porque Baarle *es* la frontera. La madre de todas las fronteras.

Baarle-Hertog es un pueblo belga, pero está constituido por veintiún pedazos de terreno no conectados entre sí y ubicados unos pocos kilómetros adentro de la provincia neerlandesa de Brabante Septentrional. Baarle-Nassau es, bueno, el resto del pueblo, pero además posee siete pedazos extra de territorio dentro de los veintiuno que forman el municipio vecino. Un caos.

Allá por el siglo XIII, dos nobles medievales se repartieron las tierras y, contra todo pronóstico, cuando seis siglos más tarde se inventaron los Estados nación, cada uno de los lotes acabó en un país distinto. El resumen es que al señor que trazaba las fronteras de los países se le derramó la leche sobre el mapa y así quedó el pueblo, como una mancha sobre un papel. En Baarle hay calles, edificios y negocios binacionales; en el centro hay un restaurante donde dos personas pueden comer en la misma mesa pero en países distintos. El simple hecho de cambiarse de acera o ir al súper a por leche y huevos supone cruzar la frontera. A menudo, varias veces.

El principal trabajo de los dos Ayuntamientos, además de gestionar dos cuerpos de policía local y de bomberos y dos escuelas públicas, consiste en ponerse de acuerdo en quién se encarga de pagar qué cuando hay que destripar una calle. El alcantarillado es común a ambas localidades (las heces, a diferencia de las personas, no conocen de límites internacionales) y lo mismo sucede con redes de suministro de agua, gas y electricidad, así que cualquier reparación, esté donde esté, afecta a los dos países, y los neerlandeses palidecen de horror pensando que los belgas se van a beneficiar de sus impuestos, y viceversa.

Sobre *dónde* se pagan los impuestos sí que hay un acuerdo generalizado: se le pagan al país en el que se encuentre la puerta principal del edificio, independientemente de dónde se sitúen la casa, la cocina o el cuarto de baño, que muy a menudo están en países distintos, por lo que sacar un vino de



la nevera para ver la tele podría ser considerado contrabando de alcohol.

Hablando de alcohol, hay una licorería en Baarle que se llama Die Biergrens, o sea, «La Cerveza Fronteriza». Está en ambos pueblos; el límite la parte justo por la mitad. En tiempos, antes de que el Tratado de Schengen hiciera las cosas más sencillas, las cervezas belgas solo podían almacenarse y venderse en su lado de la frontera, y lo mismo pasaba con las neerlandesas. Había una única excepción: la rubia que fabricaban ellos mismos. Esta cerveza se producía en una destilería también binacional y tenía el único nombre posible: Smokkelaar, o sea, Contrabandista. El oficio más extendido en el pueblo durante siglos.

LA CASA ESPAÑOLA QUE INVADIÓ PORTUGAL AL AMPLIAR LA COCINA

Para llegar a La Fontañera hay que ir a La Fontañera. Situada en uno de los extremos de una carretera comarcal en la provincia de Cáceres, esta aldea cuenta con cincuenta habitantes censados, de los que en invierno residen allí como mucho quince. Justo donde termina el pueblo empieza Portugal. Allí se encuentra «la raya», el nombre con el que se conoce la frontera hispanolusa en las regiones limítrofes de ambos lados. La Fontañera es el último bastión español. Y, durante un tiempo, también fue el primero más allá.

Hasta que aparecieron las técnicas de medición modernas, muchos edificios a lo largo del límite portugués estaban en un limbo jurídico y legal, sin que se supiera muy bien a qué país pertenecían. Eran las llamadas «casas de la duda»,

ideales para la principal actividad económica en toda la frontera hasta finales del siglo xx: el contrabando. En La Fontañera hay varias casas que pueden considerarse «dudosas», pero la que se lleva la palma es la situada justo al final del pueblo. Es una casa de lo más común: de arquitectura rural, tiene dos pisos y las paredes encaladas, y hasta 2023 funcionaba como alojamiento y bar para excursionistas. En el muro exterior del edificio se apoya una piedra de hormigón con la letra P en un costado y la E en el otro. En dos de las esquinas de la casa se alzan otros dos mojones de granito bastante más grandes y pesados. Justo donde acaba el edificio, empieza Portugal. Pero no siempre fue así, pues le robó territorio al país con el que limita, y lo hizo de forma incruenta.

La frontera entre España y Portugal es la segunda más antigua de Europa, tras la de Andorra con España y Francia: quedó fijada aproximadamente en su ubicación actual a finales del siglo XIII, aunque su delimitación exacta sobre el papel no se estableció hasta 1926. Y luego hubo que trasladar esa redacción a la realidad física del territorio. La tarea de amojonar (colocar las oportunas piedras a intervalos para indicar dónde empieza y acaba un país) es tan seria que recae en los ejércitos de ambos lados. Cada diez años, todos los tramos de la frontera se revisan para comprobar que los hitos fronterizos, en su mayoría piedras de granito fijadas al suelo con hormigón, siguen en su sitio indicando dónde acaba un país y dónde empieza el otro. Y en una ocasión los funcionarios encargados de ello se encontraron con una sorpresa.

Corrían los años cincuenta cuando los dueños de la última casa de La Fontañera necesitaron más espacio para los animales y una cocina nueva. Así que, ni cortos ni perezosos, ampliaron la cocina y movieron el establo a una nueva ubicación dentro de la parcela. En aquella época no se estilaba lo de pedir permisos de construcción al Ayuntamiento, y me-

nos en la Extremadura rural y fronteriza, a un montón de horas en coche de la capital provincial. Uno se ponía a colocar ladrillos y ya está. Y así lo hicieron los dueños de la casa, sin percatarse de que buena parte de la edificación se estaba haciendo en territorio portugués.

Cuando llegó la Comisión de Límites, se encontró con el percal. ¿Qué se hace en estos casos? Hoy en día es obvio: se ordena la demolición de lo construido y se multa a los dueños, por listillos. Pero en aquella época se decidió otra cosa: uno de los funcionarios agarró uno de los hitos fronterizos y lo movió un poco, apenas unos metros. ¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? ¿La frontera en el mapa o sobre el terreno? Si la piedra está en un sitio, la frontera también lo está. La piedra no indica dónde está la frontera. La piedra *es* la frontera. Y todo el mundo se mostró de acuerdo y, cuando hubo que presentar informes en Lisboa y en Madrid, quien tenía que firmar firmó, y así fue como España le robó diez metros cuadrados a Portugal de la manera más inocente.

LA FRONTERA MÁS INÚTIL DEL MUNDO

La isla Hans es una enorme piedra muerta de asco que apenas quiebra la superficie del estrecho brazo de mar que separa Groenlandia de la isla canadiense de Ellesmere, a la altura del paralelo 80, a poco más de mil kilómetros del polo norte. Con toda probabilidad, es uno de los sitios más aburridos de la Tierra: está deshabitada, carece de fauna, la flora se reduce a líquenes y musgos y el pueblo más próximo se encuentra a seiscientos kilómetros. Y, sin embargo, tanto Canadá como Dinamarca han protagonizado una batalla diplomática duran-

te medio siglo para decidir quién se quedaba el peñasco baldío. Una disputa a la que se llamó «guerra», aunque lo cierto es que nadie resultó herido. La guerra más incruenta de la historia. La Guerra del Whisky.

Todo empezó en 1973, cuando Canadá y Dinamarca firmaron un acuerdo para delimitar su frontera marítima. Se establecieron una serie de coordenadas a través de las cuales discurriría el límite entre Groenlandia y el Ártico canadiense. Pero hubo un pequeño problema. La línea imaginaria entre dos de las coordenadas pasaba por encima de una isla muy real que, de este modo, quedaba en un equilibrio precario entre las dos soberanías. En su momento nadie le dio importancia, porque, a ver, no era más que una isla desierta de un kilómetro cuadrado en mitad del hielo. Hasta que llegaron unos tipos con ganas de divertirse provistos de una botella de whisky.

No está claro quién empezó la guerra. Puede que fuera la tripulación de un barco de la Marina canadiense o un grupo de civiles con mucha guasa. El caso es que en 1983 o 1984 alguien llegó a la isla (que, recordemos, está en mitad de la más absoluta de las nadas), plantó una bandera de Canadá y dejó una botella de whisky. Enterado del asunto a través de la prensa de Groenlandia, el ministro danés para los asuntos relacionados con la isla se subió a un helicóptero militar, clavó (es un decir) una bandera de Dinamarca en el peñasco y dejó una botella del mejor aguardiente de la península de Jutlandia. Así fue como empezó la guerra alcohólica. Nacionales de uno y otro país intercambiaban cada cierto tiempo banderas y botellas de licor, y de vez en cuando se producían apariciones estelares de ministros y militares para tomar posesión de la tierra más baldía que vieron los siglos.

Finalmente, tras décadas de guerra sin más víctimas que algún soldado resacoso, Dinamarca y Canadá llegaron a un

acuerdo: se repartirían la isla como buenos hermanos, duplicando así el número de países con los que compartían frontera terrestre. Sobre el mapa de la isla Hans se trazaron en total 1280 metros de línea divisoria, el segundo límite entre dos países más corto del mundo (el primero es la frontera entre Zambia y Botsuana; pp. 63-64) y, probablemente, el que menos personas han cruzado en todo el planeta.

¿Es la frontera más inútil del mundo? Sí. ¿Es la mejor frontera del mundo? También.

UN PUEBLO EN PIE DE GUERRA CONTRA LAS SEÑALES DE TRÁFICO

Llivia es una localidad catalana de poco más de mil habitantes cuyo término municipal comienza a un par de kilómetros del resto de España. Porque Llivia es España pero no está en España, sino en Francia: el país galo rodea por todas partes al pequeño pueblo de los Pirineos, de manera que no es posible entrar o salir de allí camino del resto del país sin atravesar territorio francés. Hay que remontarse varios siglos en el tiempo para encontrar el origen del desaguisado, concretamente al primer cuarto del siglo XVI, cuando el emperador Carlos I le concedió a la localidad la categoría de *villa*, que hoy no significa nada, pero por entonces comportaba ciertos privilegios. Y que, en el caso de Llivia, supuso permanecer en España y no pasar a formar parte de Francia como todos los pueblos de alrededor.

Fast forward hasta 1659. Todas las potencias europeas han estado luchando unas con otras durante treinta años, en una contienda que, quién lo iba a decir, se llama «guerra de los

Treinta Años». En mitad de la refriega, España y Francia se enzarzan en su propio conflicto, que acaban ganando los franceses. Como pago por la derrota, entre otras muchas cosas, España se compromete a cederle al vecino los pueblos de varias comarcas limítrofes. Y los plenipotenciarios se reúnen, precisamente en Llivia, para decidir cuáles van a ser esos pueblos. Y en esas estaban cuando se dieron cuenta de que Llivia, gracias a Carlos I de España y V de Alemania, no era un pueblo (en francés, *village*) sino una villa (en francés, *bourg*, como Bourg-Madame, uno de los pueblos hoy franceses que limitan con Llivia y que no recibió su nombre actual hasta 1815). Así que el mismísimo lugar en el que estaban reunidos no podía formar parte del tratado, de modo que quedaría físicamente aislado del resto de Cataluña y España.

Como dijo en su día el ingeniero y lingüista polaco Alfred Korzybski, el mapa no es el territorio, y hubo que seguir negociando para trasladar al mundo real lo que se había pactado sobre el papel. Se tardó siglos, pero en 1866 se estableció, por fin, que Llivia estaría unida a Puigcerdá, la localidad catalana más próxima, por un camino de *libre tránsito* para los españoles. He puesto en cursiva *libre tránsito* porque, de nuevo, lo que dice un papel y lo que sucede en el mundo real no siempre coinciden, o no lo hacen a gusto de todos.

Con los años, ese camino se convirtió en la carretera nacional N-154 de España, que en el tramo que recorre territorio francés también recibe el nombre de D-68 por parte del Ministerio de Transportes del país vecino. Hasta 1995, cuando Francia y España abolieron los controles aduaneros merced al Tratado de Schengen, solo los automóviles con matrícula española podían circular libremente por ella. Pero había dos carreteras francesas que la cruzaban, y en los años setenta el Gobierno francés instaló señales de *stop* para regular el tráfico. El problema es que los *stops* apuntaban a los terri-

torios españoles, y eso a los residentes de Llivia y Puigcerdá les parecía claramente una violación del tratado de 1866: el *libre tránsito* implicaba no tener que ceder el paso a ningún francés. Así que procedieron a arrancar las señales de tráfico. Día tras día, mes tras mes, año tras año. El Gobierno francés las reponía, pero apenas duraban veinticuatro horas. Hasta que, al cabo de una década, España construyó un puente que salvaba uno de los caminos galos y Francia una rotonda en el otro cruce. De todas las guerras que han marcado la historia de Llivia, reconozcámoslo, esta es la única divertida.

TODOS LOS CHIPRES DE CHIPRE

Chipre es una isla y también un país. Pero la isla y el país no son la misma cosa. El país es un destino vacacional de primer orden, un puente entre Oriente y Occidente y el único miembro de la Unión Europea que no está físicamente en Europa. La isla es ciertamente eso, una isla, pero también más cosas: una colonia turca, una base británica y una tierra de nadie que la naturaleza ha reclamado para sí. Hasta cuatro soberanías distintas conviven en un territorio ligeramente más pequeño que la provincia de Lugo.

Chipre es uno de los sesenta y dos países que se independizaron del Reino Unido, de ahí que sea uno de los cuatro Estados europeos en los que se conduce por la izquierda (los otros tres son el propio Reino Unido y dos de sus antiguas colonias, Irlanda y Malta). El acuerdo para la independencia dejó bajo soberanía del Reino Unido 250 kilómetros cuadrados (aproximadamente un 2,5 % del territorio de la isla) que hoy se conocen como Áreas de las Bases Soberanas de

Akrotiri y Dhekelia, dos instalaciones militares dedicadas casi en exclusiva a la obtención de inteligencia de señales (al espionaje, vamos). Son parte de los territorios británicos de ultramar, como Gibraltar o las Malvinas.

En el momento de la independencia de Chipre, tres cuartas partes de la población eran grecochipriotas y cerca de una quinta parte turcochipriotas. Griegos y turcos no suelen llevarse bien, en parte por la ocupación colonial que los segundos ejercieron sobre los primeros durante siglos. Así que la violencia sectaria entre ambas comunidades era muy habitual. No ayudaba que la política oficial de Grecia respecto a la isla fuera la conocida como *Enosis*, o sea, «Unión», que consistía, como el lector habrá deducido, en la unificación de ambos países bajo una misma soberanía, apoyada por la mayoría de la población grecochipriota. Turquía, por su parte, abogaba por una política de *Taksim*, que significa exactamente lo contrario, «División»; es decir, pretendía partir la isla en dos y repartírsela con Grecia.

La situación no mejoró. De hecho, empeoró hasta tal punto que en 1974 los nacionalistas grecochipriotas dieron un golpe de Estado contra el Gobierno de la isla (también grecochipriota; por entonces, los turcos no participaban en la política de Chipre). Turquía respondió invadiendo el norte del territorio con treinta mil soldados, que se unieron a decenas de miles de turcochipriotas armados. En tres días conquistaron un tercio de la isla con la excusa de proteger a la minoría turca de las agresiones griegas. Con el tiempo, esa zona de ocupación militar se convirtió en la República Turca del Norte de Chipre, a todos los efectos colonia de Turquía, único país del mundo que la reconoce. Entre la tierra conquistada estaba el barrio turco de Nicosia, que es, desde la caída del Muro de Berlín, la única capital dividida del mundo.



La cuarta soberanía de Chipre es la de las Naciones Unidas. Tras la invasión de 1974, la ONU desplegó tropas de interposición a lo largo de la llamada «Línea Verde», la zona del frente donde Turquía detuvo su invasión. Se trata de 180 kilómetros de este a oeste de la isla donde ninguno de los dos Chipres, ni el turco ni el griego, puede poner un pie. En Nicosia, la anchura mínima de la zona de seguridad es de cinco metros y la máxima de siete kilómetros, a las afueras de la ciudad. La mayor parte de su superficie, de unos 350 kilómetros cuadrados, está deshabitada, por lo que es un paraíso para la flora y la fauna locales, que disfrutaban de condiciones previas a la civilización. Hay cuatro lugares habitados dentro de la Línea Verde, y el más especial de todos es el pueblo de Pyla, con menos de tres mil habitantes, y en el que, medio siglo después de la partición de la isla, griegos y turcos siguen conviviendo como si nunca hubiera habido una guerra. El único espejo en el que los dos lados de la isla podrían mirarse.